

LAVALLE

En Río Bamba*

General de Brigada D. TOMAS A. SANCHEZ
DE BUSTAMANTE.

Debo comenzar esta exposición sobre la personalidad del General JUAN GALO de LAVALLE y la épica acción de Río Bamba, expresando mi reconocimiento para con las autoridades del Instituto Argentino-Ecuatoriano que me han conferido la honrosa distinción de esta ocasión de hacerlo. Este honor se acentúa por la circunstancia de que, quién llevara a cabo la evocación, no ha hecho de la investigación histórica, una profesión, y tampoco del culto estético de la palabra una aptitud especializada para aspirar de tal manera, a que la figura del prócer y la intensidad del drama, puedan ser pintados con los relieves y trazos que su magnitud y belleza épica reclaman.

Por todo ello, mis más cumplidas gracias y que éstas también lleven mis anticipadas excusas por el limitadísimo éxito del intento.

Henos aquí pues reunidos para rendir el tributo de nuestro recuerdo a los héroes de la acción de Río Bamba y a su númen el general de la Guerra de la Independencia Don Juan Galo de Lavalle, hidalgo, soldado, héroe y mártir.

Lo haremos en medio de las inquietudes de la hora que vive el mundo. Cuando la incertidumbre del mañana obliga a los gobiernos y a los hombres a mantener fija la vista hacia adelante

(*) Conferencia pronunciada el 20 de abril de 1970 en el Instituto Argentino-Ecuatoriano.

tratando de prever el porvenir; cuando los pueblos sienten que un destino más fuerte que su voluntad los arrastra inexorablemente y en su marcha, que no puede detenerse, miren ansiosamente hacia la niebla que les cierra la visión de los caminos como queriendo penetrar los secretos de obscuras amenazas que presienten en las sombras; cuando una inmensa ola de sensualidad materialista invade el orbe entero y hasta la civilización cristiana de occidente se siente amenazada; es menester como hoy, dar tregua a las preocupaciones del momento y detenerse un instante para mirar atrás, a nuestro pasado histórico, y, con la serena firmeza propia de los hombres de buena voluntad, buscar en él, en las enseñanzas de sus luchas y sus triunfos, en el recuerdo de las dificultades vencidas, de los obstáculos superados, en el orgullo de la propia gloria y en el culto de los héroes, el aliento de fe, la inspiración de patriotismo y sacrificio necesarios a los hombres de hoy, para ser dignos de sus mayores.

La Guerra de la Independencia y de la Organización Nacional, hechas a punta de sable y lanza, confunden en las brumas del pasado, la historia de nuestros cuerpos del arma, haciendo que las glorias, tradiciones y laureles recogidos con sus hazañas épicas les sean en cierto modo comunes. Es por ello, que el historial glorioso de unos se identifica con el de los otros.

Los Blandengues, los Dragones de la Patria, Los Granaderos a caballo, los Húsares de la Unión, los Granaderos de los Andes, los Auxiliares, los Infernales de Güemes, la Montonera Gaucha y tantos otros, constituyen la caballería nacional. Son los jinetes de la patria criolla, tormenta epopéyica de lanzas, de corvos y de crines, que subiendo a las cumbres con rapidez alada, descendiendo a los valles como alud incontenible, cruzando la pampa infinita como rayos, semejaban risco y agrestes sobre el lomo de sus potros de pelea, y desafiando el ímpetu inigualado del huracán, aparecían en el escenario de la historia nacional y americana con sus mandobles y sus chuzas en alto, simbólicas de libertad y de justicia.

Esa fue nuestra caballería, la de eximia destreza que se brindó en derroche de coraje, guapeza y heroísmo, cual torrente que saliendo repentinamente de madre, torna feraz la tierra yerma. Esa fue nuestra caballería, la que con calor vernáculo cantaba

a la patria nueva con quenás y guitarras y la que como canto guerrero traía en sus cargas ecos de un valor de leyenda, sonora memoria de entreveros, toques de "a degüello" y triunfos. Esa fue la caballería criolla, la que como los héroes espartanos, supo, en el momento crucial de la prueba, dar un paso adelante cuando las armas eran cortas y regresar de la lid con ellas o sobre ellas.

El 9 de marzo de 1812 arriaba sus blancas velas y arrojaba en las aguas bermejas del Plata, frente a la ciudad de la Santísimo Trinidad, la fragata inglesa "George Canning". A su bordo llegaba de Europa un grupo de soldados a servir a la revolución americana: Zapiola, Alvear, Chilabert, Vera, Orellano, el Barón de Holmberg y el Teniente Coronel don José de San Martín. La foja de servicios de este último registraba lacónica aunque elocuentemente: de "calidad noble, hijo de Capitán"; "su conducta: buena"; "su valor: acreditado"; "su país: Buenos Aires, en América".

Hijo de un oficial modesto aunque distinguido y originalmente endurecido en la labranza de las recias tierras castellanas, se había templado en la prueba difícil del combate, y la forja de su personalidad no había sido otra en definitiva, que el campamento y la guerra. Su molde, las famosas Ordenanzas que hicieron de las Instituciones Militares, españolas una corporación de "caballeros justos, valientes y honrados" ligados por iguales votos y por idéntico espíritu de servicio, y que nos hablan del amor al servicio de la honrada ambición; del constante deseo de ser empleado en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga, para dar a conocer el valor, talento y constancia; o de la interior satisfacción del deber cumplido, que todo lo premia y todo lo compensa.

Tal es, en suma por encima de toda perfección técnica, el estilo esencial de nuestros ejércitos, en los que, al decir de Calderón, la fama el honor y la vida son el el único caudal del soldado, cualquiera sea su suerte, porque la milicia es simplemente una religión de hombres honrados.

Tales fueron el estilo y el espíritu que animaron al Ejército de los Andes y de la Expedición al Perú; que vibró en los Ejércitos de nuestra Organización Nacional y palpité por pampas y por selvas en las rastrilladas y fortines de las campañas al desierto en la secular lucha contra los salvajes; como antes lo hi-

cieran en Ceriñola y Garellano; o en San Quintín y en Lepanto; en Flandes los tercios de Don Gonzalo de Córdoba en Otumba.

De San Martín al llegar al Plata pudo pues decirse que:

“Luchó en Africa y Europa,
 “Noble adalid del derecho,
 “Y le vieron, firme el pecho,
 “erguida la heroica sien
 “Las bayonetas de Albuera,
 “Las granadas de Lelilla
 “Los sablazos de Arjonilla,
 “Las descargas de Bailén”.

“Los españoles de Europa no han podido defender lo suyo. La libertad perdida en España había que defenderla en América” — se dijeron aquellos americanos —. Y así decidimos marchar cada uno al lugar de nuestro nacimiento, expresará más tarde en una carta el General San Martín.

A la sazón, el cuadro de la revolución americana era incoherente y caótico. “Hasta ahora — dirá San Martín poco después de arribar al Plata — las Provincias Unidas han combatido por una causa que nadie conoce, sin bandera ni principios que expliquen la tendencia de la revolución”.

En tal situación, es fundamentalmente él, quién habrá de hacer posible la consolidación del gobierno y, a través de la declaración oficial de la Independencia, llevar a cabo la proyección continental de la revolución del Plata, por medio de la fijación de claros objetivos políticos y de la creación del instrumento militar que asumiría la tarea de “continuar la política por otros medios”.

En carta al Mariscal peruano Castilla — su prisionero en la acción de Maipú si bien que también al estilo español en Breda: “el valor del vencido es la honra del vencedor” — más tarde su amigo y aún protector, le dirá años después: “Cuando llegué a Buenos Aires fuí recibido por la Junta Gubernativa de aquella época, por uno de los vocales con favor, y por los dos restantes, con una desconfianza muy marcada; por otra parte, con muy pocas relaciones de familia en mi propio país, y sin otro apoyo que mis buenos deseos de serle útil, sufrí este contraste con cons-

tancia, hasta que las circunstancias me pusieron en situación de disipar toda prevención y poder seguir sin trabas las vicisitudes de la guerra”.

Esa circunstancia fue la tarea de organizar el Regimiento de Granaderos a Caballo, que hoy lleva su nombre, al que estructuró y adiestró conforme a las más modernas normas y prácticas europeas. Seleccionó sus oficiales entre las más distinguidas familias locales y los educó de acuerdo con el más rígido estilo militar que había bebido a su vez en el Ejército.

Tal fue la escuela de aprendizaje marcial de Juan Lavalle, escuela pues de carácter e hidalguía.

Expresan quienes le conocieron, que su figura era gallarda, sus maneras cultas y desenvueltas, su cabello ondeado, su barba tupida, su rostro significativo, su mirada magnética, su salud de bronce, sus fuerzas hercúleas. Huracán de furor en el combate, amigo y camarada en los vivaques. Su alma fue un volcán en las cargas y entreveros, e hielo en el peligro. Patriota, arrogante, familiar, resuelto y audaz, su figura se cernirá por siempre como ejemplo digno de imitación, sin que jamás llegue a conocer las sombras del olvido.

Anticipemos pues que Lavalle constituye por excelencia el arquetipo del soldado de caballería heredero legítimo del caballero del medioevo, cual Santiago o San Jorge, Rolando o el Cid Campeador “militaes aurati”, señor de espuelas de oro, cota de malla, escudo roelado, yelmo y lanza. Fiel al compromiso de honor de la caballería, de ser “valiente, atrevido y leal” so pena de convertirse en “fementido, desleal y traidor”, según las fórmulas vetustas, jamás despreció ocasión alguna de ganar el “premio de armas” simbólico del valor, la victoria y el honor.

Pertenece por derecho propio a esa pléyade de caballeros jinetes, que en el viejo mando fueron Seidlytz, Murat o Rodrigo de Vivar... y en nuestra patria Necochea, Zapiola, La Madrid, Correa, Suárez, Güemes... símbolos todos de la más auténtica argentinidad, entendiendo por ella no una palabra altisonante, sino nuestra personalidad nacional, complejo armónico de alma, sangre, tierra y espíritu de la más clara conciencia y orgullo histórico; que la más ascendrada fe en el mañana de la patria, preñado de esperanzas e ideales en la sólida unidad de nuestro

destino en todo cuanto atañe al honor, la seguridad, la tradición y el futuro de la nación.

Un rígido espíritu de acatamiento y moralidad y respeto a las leyes militares caracterizó desde su creación a todo el ejército de los Andes.

La dignidad del empleo, el respeto mutuo, eran parte de la educación militar. Jamás un subalterno dejaba de ser el primero en saludar o en levantarse del asiento.

Español en la Península. La influencia del General San Martín en la modelación espiritual de los jóvenes oficiales habría de ser de decisiva gravitación.

Cuentan los cronistas de la época que aquel núcleo de jóvenes robustos, educados, bellos, susceptibles de toda nobleza, poseían una sola alma y un solo espíritu, lo que permitía conocerlos hasta en su presencia exterior, por esa transfiguración del aspecto humano provocada por el fuego que albergaban sus pechos juveniles.

Tal fue la escuela de aprendizaje marcial de carácter e hidalguía que habría de permitir alcanzar sus determinaciones de combate a los 19 generales que salieron de sus filas, al proporcionarles tanto la energía moral con que habrían de perseguirlas sin vacilar cuanto el contenido sustancial de la voluntad con que se harían dueños absolutos de sus energías vitales. Entre ellos estaba Don Juan Galo de LAVALLE.

Halláronse sus escuadrones en San Lorenzo, Montevideo, Tucumán, Chacabuco, Talcahuano, Maipú, Río Bamba y Ayacucho. Dando en retirada 40 cargas en Torata y Moquehuá o a pie recado al hombro, atravesando los desérticos arenales al norte del Perú, cuando pereciendo de sed llegaron al Ecuador, para allí batirse con una división española de cuatrocientos hombres, éstos a lanza, a sable aquéllos, mostrando así la pujanza de los mandobles y las chuzas.

Los Granaderos a Caballo fueron en sí mismos, la epopeya de la Revolución del Plata en su dimensión Americana.

Sobre ellos se refiere que: "Un día los vecinos de Buenos Aires acudían en tropel a ver entrar los últimos restos de los Granaderos a Caballo que volvían, luego de trece años de campañas

por todas aquellas Américas, a deponer sus armas en el parque de donde las habían tomado". La tarea estaba terminada. La misión cumplida. Solo siete soldados volvieron: los únicos que quedaban vivos de los que salieron del campo de Marte en el Retiro. "No sabemos si la Patria les dio jamás las gracias".

También el General había infundido espíritu de emulación en sus oficiales.

La moral de los ejércitos en la guerra consiste también en que un comandante conozca bien el espíritu de su tropa y sea capaz de llegar a él, para hacer su aplicación circunstanciada.

El General San Martín tenía pleno conocimiento de esto y supo utilizar a los hombres y cuando fue preciso conmover ese espíritu y prepararlo a los grandes hechos lo consiguió siempre, ya por el ejemplo personal, ya por medio de arengas en lenguaje adecuado, claro e inteligente a los que escuchaban. Habló al negro liberto como a negro, al blanco criollo como a blanco.

Otra razón fundamental por la que el Ejército de los Andes fue poderoso fue la confianza completa que ligó a todas las clases, y que se tradujo en una pétrea cohesión piramidal y una fuerza indestructible. Tal fue el ambiente militar en el que a la sazón el Teniente Lavalle templó al unísono su alma y el filo de su sable.

El soldado confiaba en el valor y firmeza de su camarada, tenía confianza en el valor y eficiencia militar de su oficial, éste en las de su jefe y todos en las del General, tanto como en su pericia, serenidad, seguridad y capacidad de decisión.

Esta fue pues base fundamental de la educación militar que el General San Martín dio a aquel Ejército, primer instrumento militar de la política americana realmente homogéneo, coherente y con estructuras de mando actualizadas en el nivel del adiestramiento profesional de la época. Armado y equipado casi de la nada, por sobre todo resultó animado de un vibrante espíritu militar que como hemos señalado es esencialmente espíritu de servicio.

De allí en más el tránsito militar de Juan Lavalle aparece jalonado por toda una serie de brillantes hechos de armas que proyectan los prestigios de su reputación militar el grado pro-

pio de los hombres de armas que acreditan, en término de las viejas ordenanzas: valor heroico en campaña.

Achupallas, Chacabuco, Talcahuano, Cancha Rayada y Maipú son nombres que ligan en los anales de la historia nacional y americana, la imagen legendaria de Lavalle, a las más puras glorias del Ejército Argentino, el que libró la casi totalidad de sus batallas fuera de las fronteras nacionales y en defensa de la libertad de otros pueblos.

El año 20, su destino de guerrero le lleva al Perú, siguiendo el vuelo de CONDOR del LIBERTADOR. La meta es la ciudad de los Reyes. Los hitos de la ruta los nombres de nuevas naciones independientes.

En Pisco pisará la tierra del Inca y su brazo de esforzado adalid probará el temple de sus armas en Nazca, en la Campaña de la Sierra, en el Combate de Cangallo, en Jauja y en Pasco, hasta que finalmente se logra la meta del esfuerzo: el valor había cosechado pues los frutos de la constancia.

No obstante, la guerra no había concluido. Restaba aún consumar el epílogo de la derrota del remanente de las fuerzas realistas y la rúbrica política que garantizará la unidad y coherencia de los esfuerzos que nacieron en Nueva Granada y en el Plata y que crearan así las condiciones favorables para un desenlace político de equilibrio y estabilidad en las nuevas naciones que se asomaban a la mayoría en el mundo, tras haber acreditado en la prueba de las armas su derecho de presencia en el mismo, y así es que ocurrirá Guayaquil, donde el Libertador nos ofrece la insuperable lección que implica la suprema conquista que es la "conquista de si mismo", y así serán también Ríobamba y Pichincha y Torata y Moquehuá y Junín y finalmente Ayacucho.

En 1822, Bolívar se halla con sus fuerzas detenido y en inactividad, 4.000 realistas se encuentran desplegados en el área general de Quito, Cuenca y Pasco, entre aquél y las fuerzas de San Martín, a su mando está el nuevo Virrey de Nueva Granada, el General Juan de Cruz Mungeón, compañero de San Martín en la Batalla de Bailén y uno de sus salvadores en aquella circunstancia en que en la Ciudad de Cádiz la canalla enardecida asesina al General Solano de quien el Libertador era ayudante pretendiendo luego hacerlo también con San Martín.

En tales circunstancias el Libertador refuerza con una división a Sucre, permitiéndole de esa manera iniciar operaciones hacia el Norte, a fin de facilitar el acceso de Bolívar, desde esa dirección. Dicha división fue puesta al mando del Coronel Santa Cruz en reemplazo del Coronel Arenales a la sazón enfermo. La integraron con el Batallón II Trujillo, a las órdenes de Olazábal, el Batallón IV Piura, a las órdenes del Teniente Coronel Villa; dos escuadrones de Cazadores a Caballo bajo el mando del Teniente Coronel Antonio Sánchez; y un escuadrón de Granaderos a caballo a las órdenes del Comandante Juan Lavalle. En total 1.500 hombres a las órdenes de jefes argentinos.

Las operaciones que con diversas alternativas conduce el General Sucre, le llevaron a colocar sus fuerzas en una ubicación de amenaza tal, a las comunicaciones y dirección de repliegue de los realistas, hacia la dirección de Quito, que sólo lo escabroso del terreno y las dificultades que en consecuencia presentaban para el atacante, permitieron a los efectivos realistas sustraerse a su amenaza. Para ello, efectuaron un repliegue sobre una nueva posición al Norte de la Villa de Río Bamba, en cuya zona debía operar la reunión de la masa de las fuerzas realistas. Para proteger ese repliegue, dejaron en su retaguardia un regimiento de Caballería de 450 plazas al mando del Coronel Tolrá. A su vez Sucre adelanta, en esas circunstancias un escuadrón de Dragones de Colombia y un Escuadrón de Granaderos a Caballo para efectuar un reconocimiento por distintos lugares sobre las fuerzas enemigas. Es el 21 de abril de 1822. Es entonces allí, que se inicia el drama mismo de la acción de Río Bamba.

Los 96 Granaderos al mando de Lavalle atravesaron sin inconvenientes la Villa de Río Bamba y al alcanzar una altura al norte de ésta, descubren caballería enemiga avanzando hacia el Sud en amplio frente. Entre ella y los granaderos se encontraba una suerte de callejón que obligó a los realistas a estrechar su frente para franquearlo. Esa fue, la oportunidad en la que Lavalle lanza sus granaderos a la carga y sorprende y bate totalmente a los enemigos que encabezaban el franqueo del callejón, los que al huir desorganizan y arrastran en la fuga a las propias fuerzas que le seguían en el pasaje. Lavalle y sus granaderos los persiguen sable en mano hasta las posiciones que ocupa

en la retaguardia, la infantería realista, a cubierto de la cual el enemigo en derrota buscó reunirse y reorganizarse.

Lavalle regresó con sus fuerzas al trote hacia Río Bamba. Durante el trayecto se le reunieron 30 Dragones de Colombia, a los que destacó como seguridad en el flanco. La caballería realista ya reorganizada y animada por la comprobación de los escasos efectivos patriotas avanza ahora sobre los Granaderos. Lavalle fría la sangre y firme el corazón, continúa imperturbablemente al trote con sus fuerzas. Ahora, cuando ya ha alejado a los realistas de la protección de su Infantería y están a menos de cien metros de distancia manda: GRANADEROS, vuelvan caras y luego... ¡¡a la carga!! El choque con los Húsares y Carabineros reales fue terrible y el entrevero sangriento. Empero la suerte se inclina rápidamente en favor de los Granaderos de Lavalle. La caballería enemiga huyó en desorden, abandonando en el Campo de Combate 92 jinetes muertos o heridos; los Granaderos por su parte sufrieron 22 bajas, de éstos 20 heridos.

El parte del General Sucre sobre el combate expresa: "Queriendo provocar a los españoles a una batalla, mandé que el Coronel Ibarra con el Escuadrón de Granaderos y el de Dragones hicieran un reconocimiento de las fuerzas enemigas y comprometiesen sus cuatro escuadrones, pero la infantería había desocupado ya la villa y la caballería protegía su retirada. A poca distancia de la población, el bravo Escuadrón de Granaderos, que se había adelantado se halló solo imprevistamente al frente de toda la caballería española, y tuvo la elegante osadía de cargarlos y dispersarlos con una intrepidez de que habrá raros ejemplos. Los 4 escuadrones españoles protegidos por su infantería, pudieron volver contra nuestros granaderos; pero apoyados ya éstos de los Dragones; hicieron una segunda carga más brillante, si puede decirse, que la primera, en que al frente de toda la división enemiga, fue derrotada completamente su caballería, dejando en el campo 52 muertos, incluso 3 oficiales, multitud de armas, caballos, etc., llevando más de 40 heridos, según las últimas noticias. Nosotros sufrimos la dolorosa pérdida de dos valientes, el Sargento de Dragones Vicente Franco y el Granadero Timoteo Aguilera.

El Comandante Lavayén ha conducido su cuerpo al combate con un valor heroico, con una serenidad admirable.

El general Santa Cruz comunicó a la superioridad los pormenores de la acción en la siguiente forma:... “el bravo Teniente Olmos, se replegó sobre los granaderos, este bizarro cuerpo, compuesto sólo de noventa y seis hombres no dudó en recibirlos aumentando su velocidad y cargando a su vez con tal orden y tal audacia, de que hay pocos ejemplos, hasta lograr ponerlos en fuga y casi en dispersión matándoles algunos, como tenían aún su infantería pudieron protegerse de ella, y el experto Sargento Mayor Lavalle para separarlos de ella aparentó retirada en que fue perseguido y tuvo lugar a volver caras y dar una 2da. carga más gloriosa que la primera de éste”. Y el propio General Lavalle nos cuenta: “Confieso, que en sentimiento de modestia o llámese el resultado de mi educación militar, ha estado a punto de hacerme pasar en silencio el contenido de las líneas que siguen: los que conocen mi carácter, saben muy bien que yo no escribo por mí”.

“No quedaba en el ejército otro cuerpo de caballería de confianza que el escuadrón de Granaderos Argentinos con noventa y seis soldados formados; los dos escuadrones de cazadores a caballo del Perú era un cuerpo nuevo, y el General Santa Cruz no quería hacer con ellos un ensayo peligroso, pues de haber tenido un contraste, se hubiesen disuelto o no habrían podido ser en mucho tiempo un cuerpo regular. Los Dragones de Colombia con su derrota del día anterior, eran contados por cero y estos dos cuerpos marchaban a retaguardia del Ejército”.

“Tomaron pues la vanguardia, los noventa y seis Granaderos a Caballo Argentinos, a la sazón que la caballería enemiga había vuelto caras y marchaba sobre nuestro Ejército; seguramente esta Caballería había pensado repetir el sainete de Huachi, su fuerza formada contaba de cuatrocientos veinte hombres, en cuatro escuadrones y veinte tiradores.

“Los 96 Granaderos Argentinos, atravesaron la villa y en sus arrabales formaron en batalla detrás de un mamelón; desde donde descubrieron la caballería enemiga, que formaba en columnas paralelas, se había introducido, sin variar de formación, en un callejón ancho y de consiguiente, disminuyó su frente, estrechando los intervalos de las columnas. Los 96 Granaderos Argentinos, aprovechándose de esta torpeza, y sin que hubiera un solo dragón colombiano ni a diez cuadras a retaguardia, atacaron sable en

mano a los cuatro escuadrones enemigos, los pusieron en una completa derrota y lo acuchillaron hasta el pie de sus masas de infantería que les sirvieron de apoyo. Todo oficial de caballería práctico conocerá que en esta posición, los 96 Granaderos Argentinos no podían defenderse, si eran atacados, porque no tenían espacio para perseguir, ellos estaban viendo reorganizarse la caballería enemiga, que hasta varios jefes de infantería montaron a caballo para reanimarla, como que conocían que de su existencia dependía tal vez el destino del Ejército. Los 96 Granaderos, ciertos que iban a ser atacados, volvieron caras y emprendieron su retirada al trote para recibir la carga lo más distante que fuese posible de la infantería enemiga; en ese momento llegaron 30 Dragones de Colombia al mando del Mayor Rach, los que siguieron el movimiento retrógrado de los Granaderos. La caballería enemiga se puso entonces en movimiento de ataque, y sucesivamente al trote y galope; cuando llegó el momento oportuno, los 96 Granaderos Argentinos solos, volvieron caras y cargaron al centro de los 4 escuadrones enemigos, envolviéndolos y sableándolos por segunda vez por la espalda, hasta el fondo de la llanura. Los Dragones de Colombia, pudiendo haberse encontrado en esta carga, formaron un escalón a la izquierda de los Granaderos y no éramos muy fuertes para formar escalones. La caballería enemiga, fue nula en el resto de la campaña; nuestro ejército recobró su moral y empezó a disfrutar de esta victoria, señoreándose en todos los llanos". He aquí la verdadera relación de la acción de Río Bamba que acarreó al escuadrón vencedor la admiración y gratitud del pueblo quiteño".

Y continúa:

"El coraje brillaba en los semblantes de los bravos granaderos y era preciso ser insensible a la gloria por no haber dado una segunda carga. En efecto, cuando los cuatrocientos godos habían llegado a cien pasos de nosotros mandé volver caras por pelotones y los cargamos por segunda vez. En este segundo encuentro se sostuvieron con alguna más firmeza que en el primero y no volvieron caras hasta que vieron morir dos capitanes que los animaban. En fin, los godos huyeron de nuevo, arrojando al suelo sus lanzas y carabinas y dejando muertos en el campo a cuatro oficiales y cuarenta y cinco individuos de tropa. Cincuenta Dragones de Colombia que vinieron a reforzar el escuadrón lo acompañaron en segunda carga y se condujeron con bravura".

“Nosotros nos paseamos por encima de sus muertos, concluye Lavalle, a dos tiros de fusil de sus masas de infantería hasta que fue de noche y la caballería que sostenía antes la retirada de su infantería, fue sostenida después de ella. El escuadrón perdió un granadero muerto y dos heridos, después de haber batido a un número tan superior de enemigos en el territorio de Quito. Entre las acciones brillantes de los oficiales y tropa del escuadrón es difícil hallar la de más mérito. Sin embargo es preciso nombrar al Sargento Mayor graduado Capitán Alejo Bruix, al Teniente D. Francisco Olmos a los sargentos Díaz y Vega y al granadero Lucero”.

La acción de Río Bamba, si bien limitada por la magnitud de los efectivos que se enfrentaron tiene los perfiles propios de las hazañas de leyendas por la victoria lograda a despecho de la desigualdad numérica. No en balde la lección que como una constante, nos ofrece la historia, afirma que un valor combativo superior puede compensar la inferioridad numérica; y que la superioridad en la conducción y el mayor valor combativo de las tropas, constituye la base más segura de la victoria.

Derrotada que fue pues, la caballería realista, las fuerzas se vieron precisadas a continuar su retroceso seguidas por las fuerzas patriotas. El camino que conducía a Pichincha, a Junín y al epílogo de la batalla de Ayacucho que había de sellar la suerte definitiva de la Independencia Americana estaba trazado.

El mérito militar de Lavalle y sus Granaderos en Río Bamba fue premiado, distinguiendo a todo el Escuadrón — hoy primer Escuadrón de Granaderos a Caballo General San Martín — (Escuadrón Río Bamba) con la concesión del uso de un escudo en el brazo izquierdo el del costado del corazón en el que se lee, entre dos palmas blancas, “El Perú al heroico valor en Río Bamba” por su parte el Libertador Bolívar dispuso por Decreto firmado en Quito el 18 de junio que el Escuadrón de Lavalle llevara el nombre de Granaderos de Río Bamba.

Este glorioso combate marca también la fecha a partir de la cual el Ejército Argentino figura en el orden de batallas de cuantas acciones libran las fuerzas de Bolívar para consolidar la total emancipación de Colombia y del Perú.

De ahí en más, el tránsito militar sobre la tierra llevará a

nuestro prócer a los entreveros de Pichincha, Calata, Torata, Moquehuá y Caratalá, hasta que en el año 1824 regresa como Coronel a Buenos Aires, allí le aguarda una nueva y gloriosa etapa: la de Jefe de los Coraceros, el 4 de línea. Es la frontera; la guerra contra el Imperio del Brasil. Son las acciones de Bacacay y las cargas de la batalla de Ituzaingó. Más tarde habrá de ser la vorágine sangrienta de nuestra organización nacional en la que el General Lavalle sigue y sirve a su destino y a la fe de sus creencias políticas con la sinceridad y el valor que son los rasgos esenciales acreditados a lo largo de toda su existencia. El fin de su vida sobre esta tierra nos lega la imagen del mártir que como tal ofrece el testimonio de su vida misma en el servicio de sus creencias. En el fondo de la marcha final de sus restos por el escenario solemne de la Quebrada de Humahuaca, protegido por sus últimos leales, nos llega, en su música triste de quenás y de guitarras, como en tantos y tantos campamentos que conocieran de su figura y de su alma, el último saludo:

ADIOS GENERAL LAVALLE!!

ADIOS GENERAL SIN MIEDO...

Adviértese — señalan las antiguas reglas militares —: “en cuanto es tenido y estimado en vida un valiente y virtuoso soldado, y después de muerto su memoria en sus herederos vive muchos años...”

“Esto es así por el valor de su brazo, sirviendo a Dios y a su Rey de noche y de día, ofreciéndose a peligros y muertes con gran contento; lo cual otros no lo han hecho, sino con mucho reposo y quietud, estando el invierno al fuego, y en el verano bebiendo fresco, y a la sombra, ocupados en sus oficios y tratos, engañando al prójimo”.

La prueba suprema para un conductor de hombres es la desgracia en la suerte adversa a las armas. Sólo un recio carácter y una personalidad excepcional será capaz de absorber estos rudos golpes del destino en la guerra, en la que, prevalecen — por ello — las calidades morales sobre todas las otras.

La grandeza de alma del comandante, resulta en medio de la incertidumbre azarosa de la lucha, la suprema garantía de las tropas contra las influencias del peligro y de la fatalidad.

Viejo espíritu de las ordenanzas que vive aún nuestra doctrina;

“El que tuviera orden absoluto de conservar su puesto a toda costa, lo hará”.

“En los lances dudosos, el oficial llegará siempre al más compatible con su honor”...

Así vemos al General Lavalle en el recuerdo y gratitud nacionales en la carga de Río Bamba; como antes; como más tarde. Con carácter firme y ánimo duro, volando la mirada sobre sus agotados escuadrones para percibir lo que restaba todavía esperar de sus últimas reservas.

Sólo, con esos perfiles morales, será capaz el Jefe Militar, como lo fue el Prócer, de transmitir su emoción e imponer su energía espiritual a cuantos le obedecen.

Espíritu de servicio; determinación de morir con gloria; anegado amor a la Patria; Pétreo firmeza, frente a las emboscadas de “su majestad el azar”. Nítidos rasgos todos ellos, de su personalidad militar, que nos dicen de una estampa viva de conductor de hombres en la lucha, caracterizando una legítima figura de soldado y una auténtica vocación militar.

Un antiguo inventario de obligaciones del hombre de guerra del Siglo XVI expresa que:

“por espíritu militar no se ha de entender aquella perniciosa marcialidad que, con no pequeño descrédito de la tropa, se nota con frecuencia en algunos militares... empeñados en ponerse en ridículo...” “El valor, prontitud en la obediencia y grande exactitud en el servicio, son objetos a que nunca ha de faltar el verdadero espíritu de la profesión de un soldado. En una palabra: El espíritu militar, con respecto a su objeto principal, que es la campaña, viene a ser una actitud grande del cuerpo y del ánimo para ella”.

La profesión militar implica siempre la aceptación de una voz interior que nos llama a su ejercicio y cuyas características son las propias del amor; la exclusividad de lo amado y el desinterés absoluto en su servicio.

La guerra nacional ha tenido como ingrediente esencial la aceptación pasiva de la violencia. También lo han sido la cons-

ciente plenitud del sacrificio y la estética alegre y sublime de la muerte en holocausto de la Patria.

La resistencia del hombre frente a la guerra puede causar la obscuridad del derecho que representa cuando éste no justifica el uso de la violencia. Ello no ocurre en la plenitud del derecho que la provoca. De allí que hasta el cristianismo, con sus mensajes de "paz en la tierra a los hombres de buena voluntad" aplica un lenguaje bélico en todo cuanto atañe a la defensa de la verdad.

Su existencia toda fue pues, diaria lección de valor, de fe y de esperanza. Su vida y su muerte mueven por igual a admiración.

El legado de su memoria es el de una conducta de desinterés y grandeza personales al servicio de la Patria; con yerros y aciertos, de heroica fe, constante en la empresa del destino nacional y de valor en el realizar el cotidiano deber, no importa ello fuere en forma gris y en soledad o aún en el fracaso formal de la incompreensión.

Sin más preocupación que la de servir a América y sin otra pasión que el patriotismo, afirmemos que el General Lavalle, supo actuar como se debe hacerlo cuando está en juego el porvenir nacional: esto es, desechando sus intereses personales para juzgar y actuar según la orientación y la perspectiva que le brindaban sus siempre altos ideales.

El héroe de Río Bamba, seguramente entró en la mansión del silencio confiado en que algún día habría de descansar en la tierra que le vio nacer, al pie de la bandera que amó, la misma empenachaban sus invictos granaderos en Río Bamba y en Pichincha; y cuando, recado al hombro, cruzaban los arenales dilatados del Perú; la que iba en alto de sus fuerzas cuando daba sus cargas en Moquehuá y Torata; la que cruzando cordilleras y mares, camino de occidente e irrumpiendo en los verdes valles de los Incas, en brazos de la victoria, fue a inscribir en sus pliegues los nombres inmortales de Nazca, Callao, Chunchanga y Andahuaylas; la misma, que como se ha dicho, "cuando el Supremo Hacedor llame a las naciones americanas a rendir cuenta de sus actos, va a ser discernida de entre el polvo de los pueblos en marcha, acaudillado cien millones de argentinos, para ir a deponerse sin mancha en el solio del señor".

Los restos muchas veces gloriosos del general de la Independencia Don Juan Lavalle reposan pues de nuevo en el hogar patrio, bajo bóveda del cielo diáfano que le vio en sus días juveniles y triunfales, a la sombra de su pabellón, en el suelo de su gloria, de su amor, de sus esperanzas, de sus ideales, de sus luchas y sus triunfos; que sobre ellos bien pudieron estamparse letras de oro, los versos inmortales del Quijote:

Yace aquí el hidalgo fuerte.
Que tanto extremo llegó,
de valiente, que se advierte.
Que la muerte no triunfó
De su vida, con su muerte.

REVISTA DE LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA

AÑO XLVIII
NUMERO 391

NOVIEMBRE - DICIEMBRE
1970



SUMARIO

❖ LAVALLE EN RIO BAMBA	9
General de Brigada D. Tomás A. Sánchez de Bustamante.	
❖ OBSTACULOS AL DESARROLLO ECONOMICO	27
Profesor Emilio de Figueroa.	
❖ DIRECTIVA Nº 2 DEL GENERAL GEORGE PATTON (Jr) AL TERCER EJERCITO DE LOS EE. UU.	45
❖ EL PLAN ESTRATEGICO FRANCES EN 1939-40. SU GENESIS Y SUS CARACTERISTICAS	62
Teniente Coronel del Ejército Francés D. René du Cheyron d'Abzac	
❖ CONFRATERNIDAD ARGENTINO-PERUANA	129
❖ COMUNICACION	133
Mayor Héctor Norberto Iglesias.	

☆

Director:
Coronel Daniel Alberto Correa

Secretario:
Coronel José Teófilo Goyret

Prosecretario:
Mayor Ricardo N. Flouret

Corrector:
Sr. Francisco Flalban

Diagramador:
Sr. Norberto Gulliani

Los colaboradores son enteramente responsables de los juicios y opiniones por ellos vertidos; por lo tanto, cuando no sean artículos de la Dirección, ellos no representan necesariamente el pensamiento de la misma.